

Lo primero que resalta de la obra aquí tratada es el manantial de textos y materiales, algunos inéditos, del periodo considerado. Así, nos encontramos con multitud de documentos que permite apreciar la riqueza y diversidad de un pensamiento que (quizá) se ha tendido a simplificar de manera notable. En este sentido, los autores citados no conforman un conjunto homogéneo, sino que mantienen tensiones, incluso contradicciones, que permiten apreciar una heterogeneidad pocas veces mejor manifestada.

Más allá de los materiales ofrecidos por el autor, el contenido mismo del texto pasa por investigar detalladamente la evolución de algunos conceptos que resultan esenciales para entender propiamente ese pensamiento reaccionario al que el subtítulo de la obra apela: *El pensamiento reaccionario español frente a la revolución liberal (1808-1823)*. Así, la obra no se caracteriza tanto por ofrecer un desarrollo temporal de acontecimientos como una evolución de términos, conceptos y nociones, la mayoría de uso ambivalente (como se refleja en las páginas del libro), que resultaron de total relevancia en el debate político del momento. En esta línea resultarán esenciales conceptos como la *libertad*, el *poder* o la *autoridad*, cuya evolución nos permite, a la vez que comprender estos posicionamientos reaccionarios, saber ciertamente a quiénes se enfrentaron las posturas (igualmente heterogéneas) que se suelen englobar en el concepto de *liberales*.

Dividido en dos partes, *Entre el trono y el escaño* desarrolla, en líneas muy generales, tres ejes fundamentales reflejados en los títulos de los capítulos que componen la obra. Así, López Alós considerará de manera fundamental la experiencia del tiempo sostenida por los autores reaccionarios del periodo, vinculándola de manera particularmente relevante al concepto bíblico del *apocalipsis* (notando acertadamente que el uso de este concepto es de carácter *retórico*: responde a la estrategia publicística desarrollada por la Reacción); la fundamentación de los derechos naturales y la reacción contra los mismos, todo ello anclado en una “antropología política de la Reacción”; y, finalmente, las complejas relaciones entre Reacción y soberanía, manifestándose en este punto la notoria distancia entre los pensadores que catalogamos como *reaccionarios* y los que consideramos *absolutistas*, mucho más próximos al pensamiento afrancesado.

Como no podía ser de otra manera, toda la investigación tomará en consideración de manera constante los principios católicos que sustentan, de una u otra manera, las posiciones reaccionarias trabajadas en el texto: hablábamos antes del uso de la bíblica noción de *apocalipsis* (considerada frecuentemente de manera positiva como el paso necesario para la desaparición de la herejía y el mal en el mundo), pero también se destaca el papel del Dios católico como origen último de derechos y de poder – manera última de justificar una jerarquización de la sociedad afín al Antiguo Régimen. En este sentido, y retomando la riqueza documental aportada, *Entre el trono y el escaño* es un magnífico compendio (críticamente comentado) de argumentaciones a este respecto.

Finalmente, no puede dejar de señalarse la inclusión de un dossier de fuentes, dividido en tres partes (directas, indirectas y otras), que no sólo han servido para la realización de este libro, sino que pudieran perfectamente ser el punto de partida para investigaciones posteriores (no sólo de corte filosófico) a propósito del abanico temporal desarrollado por López Alós; fuentes que, en buena medida pueden encontrarse en la Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispánico (www.saaavedrafajardo.org).

Rodolfo GUTIÉRREZ SIMÓN

LLANO, A.: *Deseo y amor*, Encuentro, Madrid, 2013, 195 pp.

¿Qué distingue un excelente libro de filosofía de uno mediocre? ¿Cómo se traza la frontera entre lo valioso y lo anodino? ¿Qué debe tener un texto filosófico para que merezca el esfuerzo de componerlo y las horas que nos lleva leerlo? La respuesta no es, de ninguna manera, la erudición que su autor despliegue. Esta es indispensable pero debe quedar oculta púdicamente. Ortega y Gasset habla con desdén de aquellos escritores a los que les gusta exhibir sus conocimientos eruditos, como los *hércules* de feria o los *adonis* de playa aman mostrar sus musculosos pectorales. El criterio tampoco es la originalidad entendida como huida de lo conocido, de lo que, en cierto modo, se podría calificar de trivial. Al fin y al cabo, la filosofía habla de nosotros mismos, de lo que nos pasa, de lo más

cercano. Esta es la maldición que el oficio de filósofo ha de arrastrar consigo. A diferencia del explorador geográfico, que abre para el público que lee sus escritos o contempla sus documentales, espacios y costumbres lejanos y novedosos, o del especialista de laboratorio, que armado de un telescopio o, de este instrumento óptico invertido que es el microscopio, describe paisajes insospechados, o incluso del hombre de ciencia que elabora conceptos para tejer teorías asombrosas con conexiones solamente muy tenues con la experiencia cotidiana, a diferencia de todos ellos, el filósofo no nos habla más que de lo habitual, de lo que nos rodea a cada momento, de nosotros mismos, en definitiva.

De este modo, el autor dedicado a la reflexión filosófica nunca nos descubre nada que ya no supiéramos, aunque no lo atendiésemos con la suficiente minuciosidad; bien mirado, no nos enseña sino aquello de lo que teníamos previamente una nebulosa conciencia, con lo que ya contábamos sin percatarnos de la cuenta que nos traía. No nos ha de extrañar, por consiguiente, que Platón asemejase la enseñanza filosófica con la rememoración y llamase a los descubrimientos en esta excelsa disciplina, anamnesia, *desolvido*. Aprender es recordar. Los buenos libros de filosofía tienen esto: que el lector los cierra con la impresión de que no le han aportado nada que no supiese, que expresan, eso sí de manera espléndida, lo que a él le habría gustado decir, aunque le faltaban las palabras. En alguna medida, la buena filosofía es trivial, que no vulgar. Trivial porque se alimenta de datos cercanos, al alcance de todos nosotros y, justamente, por su apabullante presencia, además de por la sofisticación burda que anega nuestra existencia, esos datos pasan escondidos, nos cuesta lo indecible reparar en ellos. En el cuento de Poe, el billete robado es ocultado en un marco y puesto a la vista de todos. Los detectives ponen “patas arriba” la estancia, levantan baldosines, rasgan colchones, desarmen muebles sin reparar en lo que tienen delante de las narices, son sabuesos entrenados para desenterrar lo oculto mientras que no se percatan de lo que está a la luz del Sol. ¿De dónde habrá surgido la creencia de que a la verdad le gusta ocultarse? No será, más bien, que a nosotros nos gusta vivir sin ella. No, tampoco esto es así. Porque cuando un gran libro nos coloca delante de los ojos las verdades, nos dice con clari-

dad meridiana lo que nos ocurre, diagnostica con precisión los males que padecemos, además de reconocer que esto ya lo sabíamos, a pesar de que vivíamos como si no lo supiéramos, como si lo hubiéramos olvidado, experimentamos una gran satisfacción, el placer de encajar las piezas, de disponer de palabras para designar las vivencias experimentadas.

*Deseo y amor*¹ es un gran libro de filosofía. De eso no tengo dudas. La gran erudición que acumulan sus páginas se esconde debidamente y se dosifica como los medicamentos valiosos en la homeopatía. Además no habla más que de nosotros mismos, de lo que nos pasa. Ilumina nuestra situación. ¿Qué es lo que nos pasa? Que nos levantamos cada día y, apenas recobrada la conciencia, se amontonan proyectos, deseos y temores. Nuestras vidas están trenzadas de anhelos y las vivifica la savia de nuestras ansias. Siendo esto así, ¿cómo no importarnos grandemente saber qué son el deseo, el amor y cuál es la función que desempeñan en nuestro vivir?

Precisamente, dar respuesta a estas cuestiones es lo que se propone Alejandro Llano en este nuevo libro suyo, escrito en ceñido diálogo con la obra magna de Proust.

En busca del tiempo perdido sirve a Llano para hilvanar su pensamiento acerca del amor. La literatura puede ser un excelente campo de observación para el filósofo. En las páginas literarias la vida, sin detenerse del todo, lo que equivaldría a su muerte, adquiere otro ritmo, más pausado o más acelerado. Y las variaciones temporales son como las tinturas para el histólogo, permiten poner de relieve lo transparente, colorear las situaciones lo suficiente para que no se confundan con el fondo. Proust habla del deseo y del amor, quizá con ánimo enfermizo, pero con tal lujo de detalles que las distinciones más clásicas y la reflexión más actual encuentran campo de confrontación en sus historias. Resulta absurda la objeción de que con la ficción no puede hacerse filosofía, de que quien se dedica a esta tarea, debe fijarse en la vida misma y no en su descripción literaria. Es absurdo este reparo porque despacha sin mayor fundamento la posibilidad de que en la literatura se encuentre algún tipo de verdad. Como mínimo la verosimilitud, exigible a todo relato, garantiza que si lo que se cuenta no ha acontecido, cuando menos podría suceder. Nada más que la posibilidad se requiere para iniciar la reflexión.

Confesada su admiración por el escritor francés, perdida la cuenta de las veces que ha leído su obra, Alejandro Llano no puede evitar separarse en puntos cruciales del pensamiento que rezuman las páginas de *En busca del tiempo perdido*. Pensamiento nunca declarado, jamás explícito, pues Proust, no pretende ser un filósofo, aspira a ser nada menos que un artista.

Sería curioso, y muy instructivo, establecer el elenco de discrepancias acerca del deseo y el amor que se da entre Proust y Llano. Posiblemente la principal de todas ellas sea la prioridad del amor sobre el deseo, tesis esencial de esta obra que hoy se presenta. Contra Proust, Llano considera que el amor antecedente al deseo. Esta precedencia es tanto ontológica como axiológica, pero también es un preceder causal y una anterioridad temporal: en el sentido de que el deseo ha de surgir del amor, y no viceversa. Pero ni mucho menos es esta la única divergencia. Asimismo difieren ambos autores en el papel de la voluntad en el enamoramiento. Siempre me ha llamado profundamente la atención que Romeo, antes de caer prendado de Julieta, amase hasta el desvarío a Rosalinda. Es como si Shakespeare creyese que un amor llama a otro, que antes que quedar enamorado ha de entrarse en un estado de enamorado. También es digno de que se repare, y en *Deseo y amor* así ocurre, en la función de los celos, su carácter inseparable o no del amor, la celotipia como síntoma de morbidez o de salud amoratoria. Llano, como Proust, prestan especial relevancia al papel de la imaginación en el proceso de enamoramiento, a la ceguera que se dice que acompaña o acaso precede al amor. Asimismo difieren claramente en la posibilidad del perdón.

Es cierto que el amor esponsal o aquel que puede conducir al amor esponsal es el tema primordial de *En busca del tiempo perdido* y de las reflexiones de Llano. Pero no es el único amor considerado en *Deseo y amor*. También son tenidos en cuenta el amor amical y el amor al prójimo casi desconocido que no busca jamás la reciprocidad o, mejor, que supone una extraña y sorprendente reciprocidad, y hasta el amor a Dios, como culmen de los amores humanos. Pero además del amor, Llano se ocupa del deseo en sus varidísimas manifestaciones, unidas todas por el carácter de infinito, en el sentido de inacabable de este sentimiento. Como se reproducen las cabezas de la Hydra cortadas por la

espada de Heracles, la satisfacción de un deseo, que es nada menos que su aniquilación, despierta inmediatamente otro hasta entonces amortiguado. Lo terrible del deseo es la insatisfacción dolorosa que precede a su cumplimiento, que rebrota siempre en forma de uno nuevo. Ni siquiera cabe la esperanza de apagar todos nuestros deseos para cegar la fuente de nuestros pesares. En el ser humano el deseo primordial, padre de cualquier otro, es el deseo de desear. En los momentos en los que parecen reducidos a casi nada todos nuestros otros deseos, nos entra un ansia incontenible de desear de nuevo; ansia dolorosa que llamamos *aburrimiento*. El tedio, el deseo de experimentar deseos, es la última argolla con la que la naturaleza encadena nuestro ser, nos obliga a la condena de siempre desear lo que no poseemos.

Todos estos temas y algunos más, constituyen, en definitiva, una completa educación sentimental que se despliega a lo largo de las páginas de esta obra. La educación de los afectos es una pedagogía a la que nunca llegaremos demasiado tarde, pero a la que conviene acercarse cuanto más joven mejor.

Una de las tesis de Proust respecto del amor, sin duda una de las más importantes, es el reconocimiento de la brutal asimetría de toda relación amorosa. Es también parte del saber vulgar de nuestro tiempo. En el amor no hay perfecta correspondencia. Los miembros de la pareja no se aman de forma similar: uno siempre pone más que el otro. Proust es más extremo aún: quien ama no es amado. La correspondencia está ausente de la relación amorosa. La felicidad está prohibida en el amor.

Es muy conocido el relato de Emmanuel Berl en su novela *Sylvia*, donde narra la manera en que se produjo la ruptura de su amistad con Marcel Proust. La precisión autobiográfica carece de cualquier importancia. Es licencia que el novelista está autorizado a tomarse. Estamos en el año 1917. En plena guerra mundial. Berl, un héroe de la contienda, acaba de ser licenciado del ejército, por enfermedad pulmonar, y visita a Proust, enclaustrado en su cuarto ensimismado en la composición de su obra literaria, para anunciarle lo imposible. Sylvia, tras años de separación, le ha respondido a su carta y le acepta como novio. El exultante Berl desea participar su felicidad a su amigo Proust y a la vez mostrarle mediante su ejemplo el error de creer

que no hay amores correspondidos, como con insistencia le intenta inculcar el gran escritor al joven que la guerra ha expulsado de su seno. De acuerdo con Proust el ser humano está destinado irremediablemente a la soledad, es preciso despojarse de cualquier ilusión al respecto, el amor correspondido es un imposible. Sin embargo, Emmanuel Berl insiste ante su amigo y maestro en cuestiones sentimentales. La norma que excluye la simetría en el amor puede tener benditas excepciones. Si las rarezas ocurren en el reino animal, por qué no también en el sentimental. Proust se mantiene firme: la reciprocidad en el amor es un puro espejismo, una ilusión sin fundamento, pues estamos irremediablemente solos, aislados, un foso infranqueable separa nuestro corazón de cualquier otro. Las razones de Proust vuelven a sonar entre ambos amigos. Pero esta vez, Berl no escucha ansioso los argumentos de Proust, el discípulo se rebela, la vida vence a la teoría. Quizá a los razonamientos de Proust no les pueda oponer palabras convincentes. Pero ha auscultado su corazón y el de su prometida. Sabe que, en este caso, la teoría no se acomoda a los hechos. La tensión crece entre ambos hasta el punto que Proust, lleno de rabia, arroja sus pantuflos, junto a sus denuestos, contra Berl, que escapa corriendo escaleras abajo. Como suele ocurrir entre adolescentes, un amor naciente ha acabado con una amistad de años. Al ídolo de la cerrazón amorosa de Proust se ha sacrificado una amistad².

Semejante dogmatismo, convertido en ataque violento contra el hasta hace un momento amigo y discípulo, que, de creer a Berl, caracterizaba a Proust, deja una pátina que puede ser leída como de desesperanza, a lo largo de toda la trama de *En busca del tiempo perdido*. Llano, al menos, así lo percibe, cuando se pregunta si es que realmente no hay esperanza, si de verdad todo amor conduce siempre a la decepción, al fracaso³. ¿Es la vida del enamorado la vida del derrotado?

Llano, que tanto admira a Proust, es incapaz de seguirle hasta esta cima del desaliento. Desde su punto de vista, el error de poner por delante del amor al deseo, le lleva al novelista a esta tesis pesimista que es, a la vez, un acierto literario y un error filosófico, a juicios de Alejandro Llano. Me voy a atrever, sin embargo, a diferir modestamente de la tesis que se nos propone en *Deseo y amor*. No es que quiera sumarme al cortejo de los pesi-

mistas, ni aumentar el número de los cínicos que sonríen ante los espejismos que hacen sucumbir a otros. No pretendo equiparar el amor con el fracaso vital. Si Pablo de Tarso sin amor no era nada, ¿quién puede serlo! Más bien, mi sugerencia es que la asimetría defendida a zapatillazos por Proust es un elemento indispensable del amor, como lo es la distancia insuperable de los amantes, que lejos de conducirlo al fracaso lo mantiene vivo.

¿A quién amamos? Así suena el problema de la elección. ¿Por qué amamos? Es la cuestión de la naturaleza de lo amable. Quizá sean las dos preguntas más acuciantes para Proust y para cualquier persona meditativa que reflexiona sobre el amor y el deseo. La respuesta de Marcel Proust a la primera cuestión deja ya traslucir su pesimismo vital. No amamos a un ser real de carne y hueso, sino a un embeleco, a una creación de nuestra fantasía: la persona amada es producto de nuestra imaginación. Varias veces en la novela el lector es llevado a esta conclusión desconcertante. Llano las recuerda en su libro. Quizá la más llamativa de ellas sea la escena en que Robert de Saint-Loup presenta al narrador a su amada y este no puede dejar de reconocer, a pesar de las bellas palabras de Saint-Loup, a una conocida prostituta. ¿Son así, tan faltos de lucidez, todos los enamoramientos? ¿Es la venda con la que la iconografía cierra los ojos de *Cupido* la norma sin excepción? ¿Construye todo amante un ídolo inexistente y se aboca de esta forma, tarde o temprano, al fracaso de descubrir el error que estaba en la base de su amor? ¿Es preciso que Don Quijote vague por los campos de España, acuda a cualquier lugar antes que pasar por el Toboso, para evitar que le entren por los sentidos las diferencias entre Dulcinea y Aldonza Lorenzo? ¿Vive el amor de la distancia? Para persistir, ¿requiere la oscuridad? ¿Tendría razón Apuleyo y descubrir el verdadero rostro del amado, rompe el hechizo del amor? ¿Eros y Psique se amarán mientras no se encienda la lámpara de aceite?

En este punto, vislumbro una coincidencia inesperada entre Llano y Proust. Ambos reconocen el trabajo de la imaginación en la creación de la persona amada. De alguna manera se conforman a la ceguera aparentemente insuperable del amante, pero añaden, los dos, que acaso está invidencia escondida una profunda visión, contenga este desco-

nocimiento, un saber supremo. Se pregunta Proust “si la Raquel prostituta es más real que la otra”. Las mozas de partido que seesteaba a la puerta de la venta fueron posiblemente transmutadas no solo en la imaginación de Don Quijote, sino en su propio ser. Al verse consideradas por el Caballero de la Triste Figura como nobles castellanas, alcanzaron en sí mismas una alcurnia que la vida les había negado hasta entonces. Sus risas y burlas ante el andante caballero disminuyeron con las finuras que con eran tratadas.

Ninguna de las dos imágenes contrapuestas de Raquel era la verdadera. Ni el narrador la veía tal cual era ni tampoco su amante. La lucidez que desvela el misterio no posee la prerrogativa de la verdad sobre la pasión que lo alimenta. Como diría Levinas, el amor distorsiona el conocimiento del otro; y el conocimiento del otro, destruye su alteridad. El amor nos vuelve ciegos, pero quizá esta oscuridad sea el peaje indispensable para acceder al genuino ser amado. Si bien todo amante aspira a convertirse, de alguna manera, en un Pígmalión para moldear a su antojo a su Galatea, es preciso reconocer que el verdadero amor, el único que no es una forma de filautía encubierta, es aquel que respeta el misterio y la alteridad del amado. El inquietante relato “Los muertos”, recogido en *Dubliners*, muestra que el misterio escondido en el amado, por lo general, renueva y ahonda el amor. Las lágrimas de Gretta, detenida en las escaleras para escuchar la vieja balada *The Lass of Aughrim*, asombran a su marido Grabiél. Su amada tiene unos gustos para él desconocidos hasta entonces, una vida llena de experiencias que no son comunes, unas lealtades no compartidas. Junto a los celos, en el marido se aviva el amor por su mujer, tan próximo y, sin embargo, tan distante, tan conocida como extraña. Amar, descubre Simone Weil, “es sencillamente aceptar la distancia, es adorar la distancia entre lo que amo y yo misma”⁴.

¿Qué nos enamora? ¿Qué amamos en el amado? Sus cualidades físicas, morales o espirituales, o, por el contrario, el objeto intencional del amor es la persona misma más allá de las gracias que la adornan, puesto que se le ama, en vez de por lo que es, simplemente por ser él o ella. En esta cuestión capital para adentrarnos en el esclarecimiento del amor, también Proust toma partido. Sin dar la razón a una u otra postura, propone un *tertium quid* que rompe el dilema. El amante se siente atraído

por el otro, por su enigma, por la distancia que siempre mantiene. Aquí, posiblemente, se halle la principal diferencia entre el amor y el deseo. Mientras que este último, el deseo, puede saciarse, colmarse, muriendo en su satisfacción, el amor nunca se colma, es el anhelo de una comunión siempre aplazada. La fuerza renovadora del sentimiento amoroso reside en que el amante nunca alcanza la sensación de poseer al amado, de unirse a él completamente, de formar juntos un solo ser. El amor es esa facultad que nos permite relacionarnos con los otros de la única manera digna de ello, sin absorberlos en nuestro yo, sin deglutirlos, sin convertirlos en otra parte de mí. El amor es una relación no posesiva, a diferencia del deseo.

Para escribir hoy día sobre el amor hace falta sabiduría, como antaño, pero hace falta también valor. La sensiblería, la ñoñería, la moralina, son peligros difíciles de evitar y más esquivarlos con la elegancia con que los supera Llano. Hacerlo, además, en íntimo coloquio con Proust, el escritor que se supone que más ha ahondado en el alma enamorada, requiere una maestría especial que no está al alcance de cualquiera. Gracias a libros como *Deseo y amor*, sabemos un poco mejor qué somos y qué es lo que nos pasa. A Alejandro Llano debemos agradecerérselo.

NOTAS

¹ Alejandro Llano, *Deseo y amor*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2013.

² Emmanuel Berl, *Sylvia*, Paris, Gallimard, 1952, pp. 126-132.

³ *Deseo y amor*, ed. cit., p. 188.

⁴ *La Pesanteur et la Grâce*, Paris, UGE, 1947, p. 71.

Juan José GARCÍA NORRO

VALDIVIESO, M^a I. del y GALLEGO, H. (eds): *Las huellas de Foucault en la historiografía. Poderes, cuerpos y deseos*. Ed. Icaria, Barcelona, 2013.

Este novedoso y fresco trabajo, que nos presenta la editorial Icaria, a cargo de M^a Isabel del Val Valdivieso y Henar Gallego Franco, hace una recopilación de las contribuciones que aparecieron en el IV Seminario organizado por la AEIHM (Asocia-